

A watercolor illustration of a young girl with blonde hair, wearing a white lab coat over a blue and white striped shirt, and yellow rubber boots. She is standing on the deck of a blue boat named 'OCEANOGRÁFICA'. She has a red life preserver on her shoulder and is smiling. The background shows the ship's superstructure and masts.

¡ABUELA, QUIERO UNA
MUÑECA OCEANÓGRAFA!
Un cuento de Navidad

Un relato de Pedro Hilario Silva con
ilustraciones de Esther Arteaga
Mancebo

¡Abuela, ya sé lo que quiero pedir a los Reyes! — dijo Marina con voz jovial mientras tiraba del vestido de su abuela que se afanaba en colocar sobre la mesa de la cocina las tazas con el Cola Cao de la merienda.

— ¡Quiero una muñeca oceanógrafa! — soltó ante la mirada sorprendida de su abuela.

— ¿Una qué?

— Una muñeca oceanógrafa, abuela.

— Pero, hija, no digas tonterías, no hay muñecas... eso, y además ya habíamos quedado en que querías unos prismáticos bifocales de color naranja salmón para observar los pájaros del parque — exclamó la abuela mientras miraba a su nieta con la cara de resignación con que lo hacía cada vez que esta le espetaba una de sus ocurrencias.

— Bueno, sí, eso era la semana pasada; pero lo he pensado mejor y lo que realmente quiero es una muñeca oceanógrafa que ayude a los peces y solucione los problemas de los mares. Esta mañana fuimos al Acuario y la profe nos habló de las islas de plástico y del daño que hacemos a los peces. Sobre todo, a los delfines.

— Pero... ¡Qué rara eres, Marinita, hija! ¡No puede ser una muñeca normal, de esas que se visten con bonitos vestidos y...!

— ¡No, abuela, yo quiero una muñeca oceanógrafa y aprender con ella cómo ayudar a los delfines!

La voz de Ramón que entraba por la puerta de la cocina sonó en los oídos de la abuela como una campana salvadora.

— Abuela, ¿puedo ir a casa de Mikel después de merendar?

— Claro, hijo, pero cuando hayas hecho los deberes, que si no tu madre nos regaña —. Ramón asintió mientras se sentaba a la mesa y empezaba a dar cuenta del pastel de arándanos recién hecho que la abuela les regalaba las tardes que iba a cuidarlos.



—Bueno —atacó de nuevo Marina—, entonces la pides para mí, ¿verdad?

—No sé, hija... ¿Pero tú estás segura de que esa muñeca existe?

—¡Anda, claro, vaya pregunta! ¿Por qué no iba a existir? A mi hermano le trajeron los Reyes un muñeco que era un cuatrero con perilla y eso sí que es raro, ¿no?

—¿Un cuatrero con perilla?! Sí, hija, sí, muy raro... ¡Ay, Dios! ¿Pero a quién habréis salido?.

Como todos los sábados por la tarde los grandes almacenes estaban llenos de gente que iba y venía de un lado para otro, mirando, tocando, pero, sobre todo, comprando todo lo que se ponía a tiro. A Marina, aunque le agobiaba un poco ese bullicio, le gustaba estar allí con su abuela, y además aquel pequeño sacrificio merecía la pena. Había que ponérselo fácil a los Reyes Magos.

La juguetería estaba en la tercera planta, al lado de la tienda de ropa infantil. Marina se agarró con fuerza a la mano de su abuela cuando se acercó una de las dependientas.

—Hola, buenas tardes, ¿les puedo ayudar?

—Pues, mire, sí, señorita, yo creo que sí; a ver cómo se lo digo... querríamos ver una muñeca... oceanógrafa.

—¿Océano... qué...? — Los ojos de sorpresa de la dependiente solo eran equiparables a la mirada de comprensión de la abuela.

—¡Oceanógrafa! — replicó Marina, alzando un poco la voz; pues pensó que la señora aquella no debía oír muy bien —. ¡Una muñeca que recorra los mares y ayude a los peces como nos ha dicho mi profesora Lorena que hacen los oceanógrafos!

—Ya ...esto..., no, de ese tipo... no... no tenemos... Pero... tenemos muñecas muy bonitas para niñas como tú— dijo, mirando a Marina, recuperándose y echando mano del manual de la buena dependienta de la Sección de Infantil, al tiempo que les indicaba una de las góndolas colocadas en medio de la sala en la que se amontaban princesas, mamás, bailarinas de baile urbano... todas ellas con claro predominio de colores rosas, lilas, blancos y de tonos pastel.



—No, yo no quiero una muñeca de esas; ya se lo he dicho, yo quiero ver una muñeca oceanógrafa que recorra los mares y ayude a los delfines.

—Me temo, Marinita, que aquí no vamos a encontrar tu muñeca — dijo la abuela, mientras miraba con pena la cara de enorme desilusión de su nieta. Luego, tras dar las gracias a la dependienta, se encaminó con ella hacia la salida.

Recorrieron varios establecimientos y en todos se encontraron la misma repuesta: ¡no hay muñecas oceanógrafas! Incluso, en el último, la dependienta les dijo que no había mujeres oceanógrafas, que qué imaginación. Estaban a punto de salir de esta tienda cuando la abuela se paró de repente y, tras mirar a su nieta con una sonrisa, le dijo—: Seguro que los Reyes Magos, que para eso son magos, la encontrarán... Si encontraron un cuatrero con perilla, ¡cómo no van a encontrar una oceanógrafa! —. Pero Marina no se quedó muy tranquila, pues notó, sin saber muy bien por qué, que la voz de la abuela denotaba poca confianza en que logaran aquello sus Majestades.

Por fin, llegó la noche del cinco de diciembre. Tras la Cabalgata se fueron directamente a casa. Este año la abuela no estaba con ellos, le tocaba ir a casa de sus primos Joaquín y Mirella. Tras el postre, Marina se fue enseguida a la cama. Durante la cena había pensado que ese año se había portado bastante bien y que en la carta que había enviado a sus Majestades de Oriente había, como decía su profe que tenían que hacer cuando quisieran conseguir algo, argumentado bastante bien su petición. Además, pedir que se la trajeran a casa de la abuela había sido una estupenda idea. Allí siempre le habían traído todo lo que les había pedido.

Al día siguiente, la familia de Marina fue, como todos los años en que no cenaba con ellos la Noche de Reyes, a comer a casa de la abuela. Tras darle un beso rápido, Marina salió

corriendo hacia salón donde la abuela siempre colocaba el gran árbol de Navidad con los regalos. Allí, junto al resto de las cajas y sobres, había un pequeño paquete con su nombre escrito. Aunque no parecía, la verdad, el paquete de una muñeca, ella lo abrió a toda velocidad, pensando en lo geniales que eran sus Majestades. Nunca fallaban. Sin embargo, esta vez no fue así. No era la muñeca que esperaba, sino un precioso libro sobre la vida en los océanos.

No dijo nada. Pero se sintió tan decepcionada que no vio a la abuela que la miraba desde la puerta del salón. En ese momento, sonó el timbre.

Marina ni se dio cuenta de que la llamaban hasta que dijeron por tercera vez su nombre. Cuando llegó sin mucho entusiasmo al recibidor, vio cómo una mujer se quitaba un abrigo de paño marrón y lo colgaba en la percha de la entrada.

—Marina, ¿verdad? — La mujer que se había acercado a ella la miraba con interés mientras esbozaba una leve sonrisa.

—Sí... soy yo.

—Me llamo Ana, y he recibido una carta de sus majestades los Reyes Magos pidiéndome que viniera a verte —. La cara de Marina se llenó de extrañeza: ¿quién era aquella señora?, ¿por qué le habían pedido los Reyes que fuera a verla?

— Toma, esto es para ti —. En el sobre que, tras sacarlo del bolso, le entregó, podía leerse, escrito con letras grandes de imprenta, Instituto Español de Oceanografía —. Espero que te guste. Aquí es donde yo trabajo. Soy oceanógrafa.

Marina la miró como quien ve un fantasma. ¡Una oceanógrafa de verdad! Y Allí. En su casa. No sabía qué hacer. Miró, primero, el sobre que tenía en las manos, y luego buscó con la mirada ayuda. Entonces se dio cuenta de que su abuela estaba a su lado. Sonriendo.

—Ábrelo, Marinita, es para ti.

Dentro del sobre había una tarjeta y una fotografía. Era la fotografía de un barco desde cuya cubierta una mujer, a la que se veía de espaldas, miraba como se deslizaba por el mar un grupo de delfines. En la tarjeta habían escrito estas palabras: *Tú eres tu mejor regalo. Serás lo que deseas si te esfuerzas y lo quieres de corazón.*



Ya sentadas en el sofá del salón, Marina le hizo muchas preguntas a Ana, quien, además de responderlas, le habló de todos sus viajes. Al despedirse, Ana prometió a Marina que iría a su colegio y le dijo que podría ir con su abuela a visitarla allí donde trabajaba. Cuando se fue aquella noche a la cama, Marina ya no se acordaba de la muñeca; sin embargo, con el tiempo recordaría que gracias a ella los Reyes Magos le habían hecho el mejor de los regalos.

FIN